



I. Generali

Alfonso Botti, Feliciano Montero, Alejandro Quiroga (coords.), *Católicos y patriotas. Iglesia y Nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 328, ISBN 978-84-7737-815-0.

Questo libro «centra la atención en la aportación del catolicismo y de la Iglesia a la construcción de la nación» negli anni fra le due guerre mondiali (p. 9), mostrando una particolare attenzione — come scrive Daniele Menozzi, p. 31 — alla «distinción entre un nacionalismo lícito y uno ilícito [...] en el intento de encontrar un acuerdo entre la Iglesia y los ordenamientos nacionalistas». A tale scopo, pur essendo al centro dell'attenzione il caso spagnolo, cui viene dedicata la maggioranza dei saggi, alcune (poche e non sempre sufficientemente analitiche) pagine studiano la situazione in Italia, Polonia e Portogallo; vengono invece completamente ignorate situazioni che sarebbe stato di grande valore approfondire in funzione del tema, come quelle dell'Austria, del Belgio e della Germania cattolica... Un libro, comunque, complesso... a cominciare dal titolo, in quanto esso si trova a dover convivere con ben tre titoli differenti: quello del frontespizio (che, secondo le regole della biblioteconomia, noi abbiamo considerato quello valido), uno diverso nella copertina e uno ancora differente nel Catalogo edito-

riale... Chissà perché Sílex non è riuscita a deciderne uno solo...

Dopo la Grande guerra, la Chiesa si avvicinò sempre più al concetto di Nazione che pure era stato prima duramente respinto e condannato come causa della “inutile strage”, fino a che — come scriveva “La Civiltà Cattolica” nel 1931 — «sólo el nacionalismo sin religión católica representaba una plaga inaceptable»: Fede e Patria erano «estrechamente unidos» (Menozzi, p. 34). Ciò apparve particolarmente evidente per la Polonia, dove «ser polaco significa ser católico», anche se la formula frequentemente usata («Nación católica») andrebbe vista all'interno di una storia molto meno lineare, ma zeppa di questioni e discussioni (Panaccione, p. 94).

Particolarmente interessanti alcune analisi della situazione spagnola, come lo studio degli scritti di Gomá che appare, prima della Guerra civile, molto meno “oltranzista” di quanto normalmente lo si descrive: «Nunca escribió o se manifestó en público por la desobediencia al poder constituido. Más bien, es verdad lo contrario» (Martínez Sánchez-Dionisio Vivas, p. 210). Quindi: «Aceptó la República, pero no la separación de Iglesia y Estado ni las políticas laicistas» (p. 216). In generale si potrebbe argomentare, con Benoît Pellistrandi, che «la visión y la comprensión de España por los obispos de entreguerras son una exaltación nacional del catolicismo, alma y corazón de la verdadera España» (p. 142).

Siamo d'accordo con le conclusioni che i tre coordinatori del volume anticipano nell'Introduzione (p. 20): «La Iglesia hizo gala de un alto grado de flexibilidad a la hora de adaptar sus postulados a diversas situaciones políticas y mostró una gran capacidad para influir en los distintos regímenes políticos que se fueron implantando en la Europa católica». Tuttavia, se tutto ciò è ben raccontato e dimostrato per la Spagna, meno approfonditi e convincenti sono i capitoli dedicati ad altri Paesi europei, anche se il volume, nel suo complesso, ci appare di particolare utilità per mettere un punto fermo su un tema che, normalmente, viene quasi ignorato (*L. Casali*).

II. Fino al '98

Richard Stites, *The Four Horsemen: Riding to Liberty in Post-Napoleonic Europe*, New York, Oxford University Press, 2014, pp. 456, ISBN 978-019-99-7808-3.

Richard Stites, specialista statunitense in storia russa e sovietica nato nel 1931, morto nel 2010, prima di poter vedere pubblicata questa opera, la ultima di una lunga carriera. Suoi compagni della Università di Georgetown, Catherine Evtuhov e John McNeill, dopo aver recuperato il manoscritto e editarlo, lo presentano ora in un atto che ha molto di omaggio a un collega e amico.

Si tratta di un'opera al tempo ambiziosa per la scala dell'analisi, e modesta per il ricorso a uno stile narrativo attraente e la rinuncia a tutta pretesa di grandiosità. In essa Stites offre uno studio di questi "quattro cavalieri" che sfidarono le monarchie restaurate della Europa postnapoleonica e gli imperi russo e ottomano. In pri-

mo luogo, lo spagnolo Rafael del Riego, che con il suo pronunciamento nel gennaio del 1820 aprì il cammino alla restaurazione della Costituzione del 1812, inaugurando un periodo di governo liberale in Spagna che avrebbe enormi ripercussioni in tutta Europa. In secondo luogo, il napoletano Guglielmo Pepe, leader carismatico della rivoluzione che instaurò la Costituzione spagnola nel sud della penisola italiana e Sicilia. A continuazione, Stites si concentra su Alexandros Ypsilanti, ufficiale di origine greca al servizio di Russia che iniziò in Balcani la lotta per l'indipendenza della Grecia. E, infine, il russo Sergei Muraviev-Apostol, figlio di un ambasciatore in Spagna che guidò la rivolta decembrista nel sud dell'impero zarista. In realtà, al raccontare l'avventura di questi rivoluzionari appassionati, ciò che Stites ci offre è la prima storia comparata delle rivoluzioni europee della decade del 1820, anche incompleta per la mancanza di un'analisi profonda di questi avvenimenti di Portogallo e Piemonte.

Non si tratta per tanto di un insieme di biografie raggruppate in un volume. Stites utilizza a ciascuno dei quattro cavalieri come condotta attraverso il quale si entra nel rispettivo contesto e come veicolo per mettere in evidenza le dimensioni transnazionali di queste rivoluzioni. I quattro cavalieri sono uniti da una serie di tratti che Stites collega con grande abilità. Tutti furono militari nati dalle guerre napoleoniche, che risvegliarono in loro sogni di libertà frustrati per l'imposizione in Europa a partire dal 1814 della legittimità dinastica reazionaria. I quattro ricorsero alla attività cospirativa e alle società segrete per organizzare il cambiamento politico. I quattro usarono discorsi universalisti e paneuropei al tempo

que intentaban ganarse el apoyo de un “pueblo” que, especialmente en los contextos rurales que atravesaron, se mostraba poco receptivo a sus ideales teóricos y del que desconfiaban. Todos ellos creían necesario realizar una intensa actividad didáctica para ganarse al pueblo a su causa, para lo que recurrieron al medio más poderoso con el que podían contar: la religión. El análisis que Stites hace de los catecismos cívicos nacidos en España y de su circulación por Europa es especialmente revelador de los rasgos que unían a estos espacios europeos separados por miles de kilómetros. Stites fue un especialista en la historia de la cultura popular rusa y su examen de las diversas formas de cultura popular movilizadora empleadas por los revolucionarios de la década de 1820, empezando por los catecismos políticos y pasando por el teatro, el espacio público o la poesía, es magnífica.

El libro ofrece, pues, una historia eminentemente narrativa que el propio Stites afirma que se encuentra desprovista de una gran teoría. Esto no es cierto. La obra analiza cuatro acontecimientos presentados de manera cronológica y organizados en forma de relato, pero está lejos de proveer únicamente un repaso sucesivo e inconexo de cada uno de ellos. Se trata de cuatro extensos capítulos — precedidos por una excelente introducción que presenta hábilmente los temas que articulan la obra — que podrían ser leídos de forma independiente. Sin embargo, cada uno de los cuatro relatos incluye lazos, comparaciones y vínculos con los otros tres. A medida que avanza el libro, los datos se van acumulando, una creciente conexión entre los distintos espacios se va revelando, y acaba por surgir la poderosa imagen de una revolución paneuropea surgida en los márgenes del continente. El libro muestra con

vigor la importancia que las revoluciones mediterráneas y orientales tuvieron para el desarrollo del liberalismo europeo. Stites rechaza las interpretaciones históricas de la modernidad basadas en una relación jerárquica entre centro y periferia, así como la mirada orientalista a través de la cual es tratada en muchas ocasiones la historia de estos países por parte de la historiografía extranjera, especialmente la escrita en inglés. Stites propone en cambio el concepto de «meridionalismo», un término que le sirve para incluir en su análisis ciertas idiosincrasias propias de estas regiones, aunque evidentemente el concepto no puede ser aplicado en la misma medida a Rusia. Stites no puede evitar recorrer sin embargo un terreno espinoso, y en ocasiones corre el riesgo de reproducir en exceso el carácter romántico que se desprende de las fuentes contemporáneas, incrementado por los rasgos épicos que impregnan su relato. En algún momento se deja llevar por una mirada romántica, como cuando describe el «picturesque terrain of Andalusia» que para Riego y los españoles que lo acompañaban en su recorrido no lo debía ser tanto. Además, las constantes referencias que Stites realiza a la historia de estos países en el siglo XX sugieren un estatismo, una ausencia de cambio y evolución, que contribuye a dotarlos de rasgos orientalizantes.

En cualquier caso el libro ofrece un excelente y equilibrado ejemplo de historia transnacional (Stites emplea el término «cross-national»), realizado por un historiador capaz de leer doce idiomas (Stites maneja fuentes en español, italiano, griego, ruso, francés, inglés, alemán, búlgaro, rumano, serbio, danés y sueco). Es esta una amplísima perspectiva, pero no es en ningún caso gratuita o exhibicionista. No se trata de un mero ejercicio de erudición, de una

dimostración de las titánicas capacidades de un historiador superdotado, sino de una historia narrada con claridad y humildad.

Especialistas in cada una de las cuatro regiones encontrarán lagunas bibliográficas y algún que otro error factual e interpretativo, así como erratas y transcripciones incorrectas. Stites no recurre a fuentes de archivo, aunque a lo largo del libro hace referencias a sus visitas a España, Nápoles, Grecia y Rusia. Pero la escala de la empresa y, no lo olvidemos, que se trata de una obra que no pudo ser cerrada definitivamente por su Autor, deben servir de antídoto ante críticas deshonestas. La ambición intelectual se conjuga con la pasión, la honestidad, el afecto y la generosidad en un libro necesario para el desarrollo de la historiografía europea decimonónica y que se convertirá en una referencia ineludible (*J.L. Simal*).

Ian Gibson, *La berlina de Prim*, Barcelona, Planeta, 2012, pp. 372, ISBN 978-84-08-99766-1 [ed. tascabile: Barcelona, Planeta, 2013, ISBN 978-84-08-11456-7].

Tutti conosciamo Ian Gibson, indubbiamente uno dei maggiori ispanisti viventi, di origine irlandese e ormai da molti anni cittadino spagnolo. Libri come *In busca de José Antonio* (1980) o la biografia di Federico García Lorca (1985-1987) rappresentano punti di riferimento storiografico assoluti.

Non avremmo mai immaginato, quindi, che nel 2012 potesse vincere il premio letterario Fernando Lara per un romanzo. E in realtà *La berlina de Prim* è un magnifico romanzo; anzi: è un vero e proprio *giallo*, nel quale Gibson unisce alle grandi capacità investigative proprie di uno storico di

vaglio (alla ricerca di prove e documenti) una insospettata qualità di costruzione dei dialoghi e di *suspense*.

Un giornalista irlandese nel 1873 si reca a Siviglia e Madrid per rispondere alla domanda — ancora insoluta dopo tre anni — su chi, alla fine del dicembre 1870, avesse brutalmente assassinato il generale Prim mentre, in carrozza, usciva dal Parlamento. In una Spagna alquanto caotica, mentre la Prima Repubblica agonizza, il giornalista cerca in archivi e biblioteche, interroga testimoni, ripercorre la complessa trama che ha portato all'uccisione di Prim e si trova a sua volta coinvolto in complotti e intrighi, oltre che in un'avventura amorosa. Va da sé che gran parte dei protagonisti sono reali personaggi storici, che i documenti citati o riportati sono autentici reperti di archivio, come vuole il mestiere dello storico Gibson. Ma il racconto, anziché seguire i rigidi schemi della scrittura storiografica, segue quelli più "leggeri" (e più piacevoli) propri del romanzo.

Quindi: trattandosi di un *giallo*, evitiamo accuratamente di fare qualunque riferimento alle conclusioni cui giunge il volume e soprattutto non riveliamo chi sia l'assassino. Ma raccomandiamo vivamente di leggere il libro: sia come romanzo sia come monografia (*L. Casali*).

IV. 1931-1939

Mercedes Formica, *Memorias. Visto y vivido. Escucho el silencio 1931-1947*, Valencina de la Concepción (Sevilla), Editorial Renacimiento, 2013, pp. 487, ISBN 978-84-8472-815-3.

Già pubblicate in due volumi (1982; 1984) le memorie di Mercedes

Formica (1916-2002) ripercorrono la vita quotidiana dell'alta borghesia e della nobiltà fra Siviglia, Malaga e Madrid dalla nascita della Seconda Repubblica al 1947. La Formica (avvocato e romanziere), indubbiamente fascista — ma non franchista —, amica e ammiratrice incondizionata di José Antonio Primo de Rivera, per la propria mentalità e condizione sociale odia ferocemente le classi popolari e accusa i malagueñi delle peggiori crudeltà nei giorni successivi al 18 luglio 1936 (pp. 222-308), ma poi passa tranquillamente le proprie giornate fra ricevimenti, feste, salotti durante i “giorni della fame” che caratterizzarono i primi anni del regime. E non si accorge della violenza del franchismo, degli incarcerati, dei fucilati, dei condannati ai lavori forzati, degli stupri di massa. L'unico problema è avere abiti adeguatamente eleganti e, purtroppo, non sempre era possibile...

È indubbiamente un ritratto drammatico di un'epoca: mentre si moriva, c'era chi passava allegramente il suo tempo, senza accorgersene o senza preoccuparsene. Neppure quando ne scrive quasi cinquant'anni più tardi, tornata la democrazia...

Era proprio necessario ristampare questo libro nella “Biblioteca de la Memoria”? (L. Casali).

Angela Jackson, “*For us it was Heaven*”. *The Passion, Grief and Fortitude of Patience Darton. From Spanish Civil War to Mao's China*, Eastbourne-Portland-Vaughan, Sussex Academic Press, Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2012, pp. 239, ISBN 978-1-84519-514-4.

Questo libro racconta la vita di Patience Darton, infermiera inglese pro-

veniente da una famiglia colta e benestante segnata però da un grave tracollo economico, che decide a venticinque anni di recarsi in Spagna in piena Guerra civile per lavorare con lo Spanish Medical Aid. È un'esperienza che le cambierà radicalmente la vita: la scelta fatta allora la porterà più tardi, tra il 1954 e il 1958, nella Cina comunista, a lavorare con altri connazionali nella China Foreign Languages Press. Patience morirà nel 1996 proprio in quella Spagna che aveva amato, dove si era recata per partecipare alle celebrazioni previste per la concessione della cittadinanza spagnola ai reduci antifranchisti internazionali sessant'anni dopo l'inizio di quella guerra. L'autrice è Angela Jackson, britannica che vive però da molti anni in Catalogna, presidente dell'associazione “No Jubilem la Memoria”. Angela ha scritto alcuni libri importanti, sulle donne inglesi che hanno partecipato alla Guerra civile spagnola (*British Women and the Spanish Civil War*, London and New York, Routledge, Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2002), sui volontari britannici e irlandesi e anche sui rapporti fra volontari delle Brigate Internazionali e popolazione civile (*At the Margins of Mayhem: Prologue and Epilogue to the Last Great Battle of the Spanish Civil War*, Pontypool, Warren & Pell, 2008). Anche questo libro è frutto della collaborazione tra Sussex Academic Press, che lo ha edito, Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies e International Brigade Memorial Trust.

Patience matura uno spirito ribelle nel collegio dove si trovava, in un ambiente repressivo e autoritario, per imparare il mestiere di *nurse*. Frequenta anche la chiesa di Saint George, di tradizioni progressiste, ed è su indicazio-

ne del rettore, Father William Robert, che ha grande influenza su Patience, che si reca in Spagna per raggiungere lo Spanish Medical Aid. Qui l'attendono esperienze drammatiche ma anche entusiasmanti, sul piano personale, sociale e professionale, che la orientano verso scelte politiche radicali. Inizialmente è a Valenza, come infermiera personale di Tom Wintringham, noto giornalista e dirigente comunista britannico ferito in battaglia. Poi è smistata in vari ospedali, a Poleñino, Valls (sul fronte di Teruel), Marça e Mas de Magrinat, Mataró, sino a Bisbal de Falset, durante la battaglia dell'Ebro. Sempre critica verso le condizioni igieniche di alcuni di questi ospedali, la mancanza di mezzi, l'inattività di alcuni medici e *nurses* che non lavoravano quanto era necessario, sempre estremamente sensibile verso la sofferenza e le tragedie di cui era spettatrice.

Come donna Patience deve affrontare il *machismo* presente anche nelle formazioni anarchiche, polemizzando ad esempio sulla distribuzione delle sigarette (pp. 53-54). Ma anche l'influenza degli esponenti del clero, sebbene assenti, sulla popolazione dei piccoli villaggi, quando tenta di istituire una scuola per bambini analfabeti a Valls, ma nessun bimbo arriva perché alcuni anni prima il prete aveva loro vietato di imparare a leggere e scrivere cacciando due giovani insegnanti (p. 65). Oltre a ferite e traumi di guerra deve affrontare le epidemie di tifo e di pidocchi. Deve vedere, come altre sue compagne, scene di sofferenza estrema e di morte e affrontare difficili dilemmi morali, ad esempio impiegare o meno gli scarsi mezzi a disposizione per curare anche i soldati nemici. Le immagini del bambino di due anni falciato dalla mitraglia franchista durante la ritirata del marzo

1938, o dei soldati abbandonati in un ospedale evacuato, pieni di cancrena e in attesa di morire, sono indimenticabili. A un certo punto Patience sembra sopraffatta dalla tristezza vedendo soldati giovanissimi inviati al fronte: «I thought no war is worth all this, this misery and this horror», racconta all'Autrice. Supera questo momento parlando proprio con un giovane contadino del posto, poverissimo, che racconta come la Repubblica gli avesse dato la libertà politica, la riforma agraria, ma soprattutto dignità e senso alla sua vita. «I became a man, and that's what we're fighting for» aveva detto il giovane (pp. 111-112). Patience aveva trovato nelle sue parole l'espressione pratica delle convinzioni politiche che aveva nel frattempo abbracciato. Paradossalmente, il rientro in Francia e quindi l'uscita dalla guerra è terribile, prevale il senso di colpa, loro stanno andando via e la guerra va male, la gente che soffre la fame li omaggia con troppa frutta e vino, in Francia arrivano stanchi e ammalati, a Parigi non li vuole nessuno (p. 123).

Personalmente, Patience vive in Spagna forse l'unica vera storia d'amore, tanto intensa quanto sfortunata, con Robert Aaquist, giovane volontario delle Brigate Internazionali, che muore però nel luglio 1938. Angela Jackson ricostruisce questa storia non dalle parole di Patience, sempre molto schiva e restia a parlare di questi argomenti, ma dal gran numero di lettere che i due giovani si erano scambiati e che lei ancora conservava dopo tanti anni. Patience ha parlato molto poco anche del matrimonio che stringerà anni dopo, in Cina, con Eric Edney e dal quale nascerà il suo unico figlio. In confronto con la prima, questa seconda unione appare davvero priva di passione: Eric manifesterà in seguito disturbi mentali e si rivelerà bisessuale.

Politicamente, Patience condivide la lettura che fa il partito di molti degli avvenimenti di quella guerra. Il dissenso nascerà nel 1939 al momento del patto fra Germania e Unione Sovietica (p. 138). Resta però sempre legata alle organizzazioni di partito e ai reduci delle Brigate Internazionali, lavorando con molti di loro nella Londra devastata dai bombardamenti durante la seconda guerra mondiale. Ed è con l'appoggio delle organizzazioni comuniste e con alcuni reduci di Spagna che andrà in Cina nel 1954. L'Autrice ha potuto ricostruire quest'ultima parte della vita di Patience non dalle sue parole, perché muore prima che Angela le possa chiedere qualcosa in merito, ma da una scatola di lettere e oggetti trovata dal figlio. Eric e Patience godono di un trattamento privilegiato rispetto ai colleghi cinesi, ma si sentono semplici ospiti del governo, senza possibilità di decisione. La loro esperienza finisce dopo che erano sorti gravi problemi tra loro e i rappresentanti del governo in seguito ad alcune critiche fatte da Eric, paradossalmente proprio mentre stava sviluppandosi il movimento dei Cento Fiori, che sollecitava opinioni e osservazioni anche in disaccordo con i vertici del partito.

Ci troviamo quindi in presenza di un libro di lettura facile e affascinante, che riporta le esperienze di una giovane ragazza alla sua prima uscita dall'Inghilterra, la cui vita viene irrimediabilmente cambiata da quanto fatto e visto durante la Guerra civile spagnola (*M. Puppini*).

V. 1939-1975

Arcadi Espada, *En nombre de Franco. Los héroes de la embajada de España en la Budapest nazi*, Barcelona, Espasa, 2013, pp. 311, ISBN 978-84-670-

1380-1 [ed. tascabile: Barcelona, Espasa, 2014, ISBN 978-84-670-4069-2].

La bibliografia internazionale su quanti operarono presso l'ambasciata spagnola di Budapest nell'inverno 1944-45 e riuscirono a salvare la vita ad alcune migliaia di ebrei è ampia. Come è noto che Ángel Sanz Briz, alla testa della Legazione dal giugno al 7 dicembre 1944, offrì ricovero e passaporti spagnoli a oltre tremila ebrei: per questo fu nominato "Giusto fra le Nazioni" dallo Yad Vashem l'8 ottobre 1966. Alla sua partenza da Budapest e fino al 16 gennaio 1945 — quando l'Armata Rossa liberò la capitale ungherese — fu "sostituito" (del tutto abusivamente!) dall'italiano Giorgio Perlasca, che si insediò nell'ambasciata e continuò a proteggere gli ebrei usando carta intestata e timbri spagnoli. Fu nominato "Giusto" nel 1989.

Che cosa ci offre di nuovo Arcadi Espada attraverso la sua inchiesta giornalistica?

Oltre ad alcune relazioni diplomatiche di Sanz Briz dell'autunno-inverno 1944, nelle quali viene descritta la tragica e caotica situazione di Budapest, in mano agli incontrollati e sanguinari fascisti ungheresi mentre si avvicinavano le truppe sovietiche (documenti indubbiamente interessanti, ma per fini diversi dalle attività pro-ebrei della Legazione), l'A. è preoccupato di "valorizzare" l'attività dello *chargé d'affaires* e denigrare — anzi: cancellare! — l'operato di Perlasca. Non solo. A suo dire Sanz Briz operò a salvare ebrei su precisa disposizione di Francisco Franco. E in effetti si accenna al noto telegramma del ministro degli Esteri, José Félix de Lequerica, che il 27 ottobre 1944 autorizzò l'emissione di passaporti per i sefarditi spagnoli. Ma lo stesso Sanz Briz già nel 1945 aveva scritto che la sua atti-

vità principale fu quella di mettere in salvo gli ebrei ospitandoli presso la Legazione e altri locali “protetti” «sin previo permiso de Madrid» (p. 205) e lo stesso Espada non può non sottolineare «la incierta voluntad de Franco» (p. 133).

Quindi? Siamo d'accordo a ri-valorizzare l'operato di Sanz Briz e dei suoi collaboratori, a partire dal dimenticato avvocato Zoltán Farkas; ma tentare di “cancellare” quanto fece Perlasca e trattarlo come un “impostore” e un “contaballe” ci sembra veramente eccessivo (*L. Casali*).

Antonio Miguez Macho, *La genealogía genocida del franquismo. Violencia, memoria e impunidad*, Madrid, Abada Editores, 2014, pp. 250, ISBN 978-84-15289-94-4.

A cominciare dal fallito colpo di Stato del 18 luglio 1936 «se desencadenan en el territorio español una serie de fenómenos violentos que poseen entidad propia, diferenciada por una parte de sucesos anteriores de naturaleza violenta, y también que se distinguen del enfrentamiento bélico que entonces comienza: la “Guerra Civil”» (p. 71). Si giunse così, da parte dei golpisti, a determinare una netta differenziazione fra “noi” e “loro” e a individuare dei “nemici” che non venivano definiti «unicamente por la pertenencia a unas siglas políticas, aunque sí por una identidad» che, essendo politica, sociale e culturale, «no se había creado con la República, sino que llevaba décadas configurándose y alimentándose de experiencias movilizadoras en común» (p. 74). Si trattava dunque di un nemico che era “altro”, cioè *inferiore* e che assumeva il carattere subumano di “rossi”: «De este modo, a las víctimas

o potenciales víctimas se las equiparaba a animales de distinto tipo, especialmente gusanos, así como se les relacionaba con parásitos causantes de una enfermedad. Al tiempo, el sentido étnico se entendía en este contexto como un esfuerzo por preservar la raza que se consideraba española, y que no estaría contaminada por agentes externos de origen judío, bolchevique o masón» (p. 81). L'uccisione in massa di questi “altri”, come diversi e inquinanti, non può che essere definito *genocidio*: «La lengua, la religión, los monumentos, la literatura, las obras de arte o las manifestaciones de la cultura popular expresadas en la vestimenta, el baile o las fiestas, son aquello que dotan a un grupo de individuos de su condición de grupo social diferenciado, y por ello serán objeto de la destrucción de un acto de genocidio. Es posible que sobrevivan los individuos que pertenecían a un colectivo humano determinado después de un proceso de destrucción, pero si no sobreviven las manifestaciones culturales e identitarias que lo definían como tal, el grupo en sí mismo es imposible que perviva. Es la destrucción, en definitiva, de la memoria del grupo, aquello que le hace ser esencialmente humano» (pp. 39-40). Né va dimenticata la strumentalità delle accuse e la funzionalità delle definizioni: «Sin embargo, no se debe confundir el discurso de los genocidas y la identidad atribuida a sus enemigos, con la realidad identitaria de las víctimas. Con frecuencia, la acusación de masón, judío y bolchevique no se correspondía ni siquiera con el hecho objetivo de ser miembro de la Masonería, una profesión de la fe hebrea o la afiliación a la III Internacional y sus organizaciones» (p. 98).

Se dunque, come dimostra ampiamente l'A., la conquista del potere e il

consolidamento in esso da parte di Franco avvennero tramite un vero e proprio genocidio, cioè quello che si ritiene giuridicamente un “crimine contro l’umanità”, per il quale non esiste nel diritto internazionale possibilità di “perdono” o limite temporale di decadenza per un giudizio: come possiamo valutare il fatto che la Transizione alla democrazia degli anni Settanta avvenne tramite una legge che prevedeva l’impunità per i colpevoli? Nel 1977 fu promulgata una cosiddetta “Legge di Amnistia”, come del resto era accaduto — in Italia, in Germania e in altri Paesi che avevano visto i fascismi al potere — dopo che i regimi dittatoriali erano caduti. Ma con una differenza di fondo. Che in Italia e in Germania e in Giappone una certa quantità di criminali era stata arrestata, giudicata e condannata; mentre in Spagna nessun momento di giustizia fu mai reso effettivo. Quindi: la Legge di Amnistia del 1977 sanzionava semplicemente — e illegalmente, secondo il diritto internazionale accettato formalmente anche dalla Spagna — l’impunità nei confronti di crimini contro l’umanità: «En el caso español no ha tenido lugar ningún proceso a los perpetradores y, por ende, a los funcionarios de justicia que coadyuvaron a la materialización de la práctica genocida» (p. 200). Se ne deduce che un crimine che aveva il fine (e ci riuscì!) di distruggere (parzialmente o totalmente) un gruppo umano fu intenzionalmente ignorato nella costruzione della democrazia spagnola e non può che destare meraviglia che, allora, non si valutò «cómo se han hecho las transiciones en otros países, especialmente en lo que respecta al tratamiento de los verdugos» (p. 14). Tutto ciò non può che portare a un vero e proprio paradosso quando consideriamo che c’è chi definisce a livello stori-

co e politico quello spagnolo un modello di Transizione assolutamente perfetto (p. 222).

Come è evidente, si tratta di un libro estremamente polemico, con alcuni passaggi anche un poco forzati, ma che pone una serie di problemi sui quali sarebbe opportuno continuare a lavorare (*L. Casali*).

VI. Dal 1975

Giulia Quaggio, *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1989*, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 370, ISBN 78-84-206-8369-0.

Il volume *La cultura en transición* si presenta come un’opera ambiziosa per una ricercatrice qual è Giulia Quaggio, “italiana di Madrid”, giovane ma già sperimentata alla metodologia storica e all’ispanismo con i suoi precedenti lavori in lingua italiana e castigliana. Il volume mira a ricostruire gli stretti nessi tra politica e cultura nel cruciale periodo della Transizione spagnola alla democrazia, riuscendo nell’intento di fornire al lettore un panorama quanto più possibile dettagliato, e dall’approccio interdisciplinare.

Proprio questo costituisce uno degli aspetti più qualificanti del volume, dato che l’A. riesce a integrare con abilità e scorrevolezza delle branche storiografiche tra loro ben distinte e dalle tecniche notevolmente diverse, quali la storia politica *tout-court* e quella socio-culturale.

Una seconda scelta metodologica che rende più solida l’argomentazione portata avanti nel volume, è stata quella di allungare la periodizzazione reale a prima del termine alto definito nel titolo: la scelta di non dimenticare il

lungo periodo di trasformazioni culturali e sociali vissuto dalla popolazione spagnola dagli anni Sessanta. Ciò permette all'A. di mettere in risalto analogie e differenze nella politica culturale del franchismo e della democrazia, collaborando all'opera, già da più parti intrapresa, di sfumatura dell'immagine stereotipata di una Transizione come elemento di assoluta novità ed evidenziando viceversa come proprio dal campo della politica culturale possano emergere importanti tratti di continuità fra le scelte operate dalle classi dirigenti dei due regimi istituzionali — primi fra tutti una marcata tendenza dirigista da parte dello Stato rispetto al mondo della cultura e un'importante fascinazione per le esperienze d'Oltralpe.

Terzo aspetto positivo, il dominio notevole della letteratura internazionale e le scelte consapevoli operate dall'A. rispetto ai modelli teorici da seguire: Michel Foucault e Pierre Bourdieu compaiono a più riprese nel volume, attribuendo un peso volutamente minore ai *cultural studies* anglosassoni. Le fonti sono ricche e originali. A parte la già citata padronanza della letteratura storica, sociologica e storico-artistica, il volume si basa su una ricca documentazione di fonti primarie (che, appropriatamente elencate nel dettaglio come appendice al testo, rendono più fattivo il proposito dell'A. di servire da stimolo per altri ricercatori). Agli archivi amministrativi, ministeriali e partitici si sommano molti altri tipi di fonti: documenti prodotti dalle istituzioni culturali, cataloghi, interviste ai principali protagonisti della politica culturale spagnola (da Javier Solana Madariaga a Salvador Clotas y Cierco), per arrivare infine a una vasta opera di spoglio dei principali quotidiani e periodici.

Infine, non è da sottovalutare la presenza di un ricco corpo fotografico che contribuisce a calare il lettore nel clima degli anni, a presentargli i protagonisti dell'epoca — a riviverli, per alcuni, a scoprirli per i più giovani. Sarebbe chissà stato utile anche un apparato iconografico di tipo storico-artistico, che consentisse al lettore di visualizzare anche le molteplici opere citate nel volume, ma al tempo stesso si può supporre che vi sia alle spalle una scelta di metodo: trattando di politica culturale è più corretto, nei fatti, presentare al lettore le persone che quella cultura animarono piuttosto che le opere che ne furono patrocinate.

È necessario precisare che non si tratta di un libro sulla storia della cultura negli anni della Transizione — tema, come ricorda l'A., già sondato da varie monografie sul cinema, la letteratura, l'arte. È invece un libro di politica della cultura, che riflette su come le classi dirigenti scelsero di patrocinare e indirizzare alcune, e non altre, tendenze culturali allo scopo di rafforzare l'idea di una Transizione di successo e di riconciliazione anti-ideologica di tutte le anime del Paese. In altri termini è un libro su come alla cultura, dopo i lunghi decenni di denigrazione cui il franchismo l'aveva sottoposta, fosse ora assegnata una funzione centrale, quella di esorcizzare l'esistenza di un passato drammatico e di arricchire la realtà di una nuova epoca di ottimismo. La domanda di fondo è dunque la seguente: può la politica culturale essere uno strumento decisivo attraverso cui uno Stato riesce a sviluppare e consolidare la democrazia — a creare cioè quel sentimento di condivisione della cittadinanza sul quale si basa la buona tenuta di un regime democratico?

L'A. indica tre periodi: il primo copre il periodo dai tardi anni Cin-

quanta sino alla fase finale del regime; il secondo i governi diretti dall'UCD e il terzo si occupa dei governi del PSOE.

Nella prima parte, l'analisi puntuale della politica culturale dell'ultima fase del regime concorre a smorzare un'immagine molto diffusa su di essa che, pur non essendo nel suo nucleo interpretativo molto distante dalla realtà, ne ha però forzato i caratteri. Il regime, sottolinea l'A., non era interessato a creare il deserto nella sfera culturale, però si a far arrivare agli spagnoli una produzione culturale definita dai principi del nazional-cattolicesimo. Si ripercorrono i tentativi di utilizzare le arti visive delle avanguardie come uno strumento per occultare l'anomalia politica di uno Stato dittatoriale in Europa occidentale attraverso la "normalizzazione" dei suoi canoni estetici rispetto al resto del continente. L'A. sottolinea la molteplicità degli approcci al mondo culturale dei diversi settori del regime e presenta al tempo stesso la struttura legislativa e burocratica disegnata per indirizzare l'ambito della cultura sia colta sia popolare. In questo quadro, con la divisione tra ministero del Turismo e ministero dell'Educazione dei due settori estero e interno, l'intero sistema culturale disegnato dal regime appare imbevuto di un forte paradosso: proporsi come dinamici e liberali all'estero e mantenere un'interpretazione chiusa e tradizionalista nella cultura per l'interno. L'A. ripercorre così tanto le manifestazioni verso l'estero come le scelte interne, specificando come tali politiche intendessero utilizzare ai fini del sistema le nuove richieste che provenivano dagli ambiti locali — dal regionalismo alle associazioni di vicini sino all'integrazione degli immigrati interni.

La seconda parte si apre con la nascita del nuovo ministero de Cultura y Bienestar nel 1977. Vi si spiega il fascino esercitato dal modello francese di de Gaulle dello slittamento verso l'"azione culturale" e dal modello italiano spadoliniano della "conservazione" dei beni culturali. Per quanto riguarda le conclusioni cui giunge l'A., si attesta sulla valorizzazione dei tratti di continuità più che di discontinuità. A partire dall'evidente mancato ricambio del personale amministrativo dello Stato — dovuto in primo luogo alla volontà di evitare ulteriori tensioni nel critico processo di Transizione — che, con l'educazione stessa di cui quei funzionari erano imbevuti, portò nell'epoca democratica l'idea di "*cultura del Estado*" del regime precedente, facendo sì che la gestione della cultura continuasse a essere letta come impulso diretto dello Stato. Il protagonista di questa seconda fase è Pío Cabanillas, di cui l'A. presenta un accurato ritratto, senza perciò smorzare il giudizio: «no consiguió presentar un programa de líneas concretas, no faltaron buenos propósitos ni originales propuestas [...] un periodo más bien experimental» (p. 99). Tutto ciò, ci dice l'A., non eliminò la principale tendenza dello Stato rispetto alla cultura, ossia un marcato interventismo programmatico e repressivo, in una vera e propria miscela di paura e speranza, in cui alcuni temi — regionalismo, terrorismo, erotismo e sfera militare — rimanevano altrettanti campi di limitazione della libertà di espressione così come il fine intoccabile della concordia politica. Il cambio di fatto non ci fu — provocando il conosciuto disincanto fra gli intellettuali eppur ponendo le basi per più efficaci trasformazioni nei decenni successivi, sviluppatasi anche grazie al dibattito nato dalla critica all'operato

del UCD. In sintesi: «lo que se hizo fue potenciar las virtualidades reformistas que estaban latentes en la política cultural del tardofranquismo» (p. 169). Parallelamente, l'A. analizza le trasformazioni interne al PSOE, con la formazione di un Frente Cultural diretto da Salvador Clotas i Ciero, con la creazione della Fundación Iglesias e di riviste come "Sistema" e "Zona Abierta", tutte parallele alla ricollocazione ideologica e allo slittamento dal marxismo rivoluzionario alla socialdemocrazia riformista. Qui l'A. colloca il senso ultimo della politica culturale socialista: mobilitare gli artisti e gli intellettuali — attraendoli nella propria orbita e sottraendoli a quella comunista — con il fine di infondere nella gente un sentimento di partecipazione democratica attraverso la condivisione della cultura. Un esperimento portato avanti dai governi di sinistra nella sfera locale e municipale.

Ampia trattazione è dedicata dall'A. anche alle scelte operate nel recupero e nell'uso del passato, sempre dirette a un obiettivo di riconciliazione e dialogo — massimo esempio la mostra sulla Guerra civile organizzata dal ministero di Cultura a Madrid nel 1980. Non si trattava di nascondere il passato, ma di non chiedere il conto delle responsabilità agli esponenti della dittatura — il che condusse a una sua mancata condanna esplicita. Un "reintegro supervisionato" del passato che puntava a creare una continuità in autori e opere con la depoliticizzazione e neutralizzazione dei loro significati connessi all'antifranchismo. Peraltro con una risposta positiva dal mondo artistico, che tornò ad aspetti espressivi e figurativi smussando la denuncia politica. Protagonista di questa fase Javier Tussell, la cui visione di "democrazia culturale" costituisce

la principale differenza con l'uso strumentale delle politiche artistiche del tardo franchismo sostenendo le politiche culturali di questa fase dei nuovi valori di dinamismo democratico e partecipazione. Tutto questo è anche alla base della reiterata azione per il ritorno del "Guernica" di Picasso. Il recupero del riscatto della cultura antifranchista fu inoltre promossa dalle istituzioni spagnole all'estero: una gestione culturale utilitaristica, che ambiva a un riconoscimento internazionale immediato.

L'ultimo capitolo del libro copre gli anni del governo del PSOE, sotto il segno della "modernità", del dinamismo e del cosmopolitismo, in cui la cultura diventava metro di valutazione dei concetti di libertà, giustizia e qualità della vita, nonché segno distintivo dell'identità di governo dei socialisti — fungendo anche come bene di sostituzione alla perdita di implicazione politica e di ideologie tradizionali. Rispetto alla politica culturale dell'UCD non c'era nulla di realmente nuovo, se non un cambio nei riferimenti. Il dirigismo non scompariva, ma diventava "illuminato governo": per combattere il rischio di involuzioni autoritarie, i socialisti si proponevano di trasformare la società grazie a esecutivi forti, giustificati dalla vittoria plebiscitaria alle elezioni del 1982. Javier Solana è il principale attore di questa fase assieme a José María Maravall, e anche in questo caso i riferimenti principali provengono dalla Francia: dalla democratizzazione dell'alta cultura all'attribuzione della definizione di cultura a qualsiasi prodotto artistico o pop. Finalmente, in questa fase i fondi dedicati alla cultura aumentarono notevolmente, per «ofrecer a todo el mundo, sin distinciones, la esperanza de un progreso posible» (p. 289). Sono per-

ciò gli anni dell'apertura dei grandi musei, delle biblioteche, del recupero del patrimonio artistico e immobiliare. Ma anche quelli della diffusione di una nuova visione della Spagna basata su nuovi miti ibridi di barocco e illuminismo: una nuova Spagna finalmente riconciliata. Anche qui: maggiori continuità che discontinuità, pur con sfumature nuove. Il PSOE, in altri termini, continuava la pratica centrista di recuperare selettivamente le correnti già esistenti nel mondo culturale del passato per adattarle alle nuove finalità politiche. Il risultato fu un passo che andò oltre lo stato di avanzamento dello sviluppo spagnolo: se il PSOE puntava alla modernità economica, politica e sociale, in campo culturale ottenne una miscela già pos-moderna, fatta di insolite mescolanze di retrospettive, avanguardismo astratto, neo-espressionismo e neofigurativismo — coincidendo così con la temperie europea. E nonostante tutto, sottolinea l'A., gli ambiziosi progetti di diffusione culturale non arrivarono a colmare le disparità e la televisione continuava a essere il principale consumo culturale degli spagnoli — anche nonostante il fatto che il PSOE si facesse mecenate delle più avanzate tendenze culturali del pop e della movida, di una nuo-

va posizione disinibita, cosmopolita e giovanile con cui la nuova Spagna ambiva a presentarsi al mondo.

Conclusioni: il dirigismo statale nella cultura fu un carattere che attraversò regimi istituzionali e impostazioni culturali delle più diverse. Anche lo "Stato culturale" che i socialisti vollero creare finì in vari casi per assumere marcate derive stataliste. Un profilo di luci e ombre: il "cambio" ci fu, portando la Spagna nella modernità europea, ma smorzò presto la sua carica, oscurando l'entusiasmo iniziale, dando luogo a critiche rispetto all'assenza di profondità intellettuale, al clientelismo generale e alla preferenza per la fedeltà al partito come metro di giudizio. «Partiendo de la idea de que el Estado sabía mejor que nadie la forma de ofrecerle a los ciudadanos su bienestar, el PSOE, al fin y al cabo, no hizo sino continuar, para bien o para mal, la larga tradición regeneracionista española: el sueño del activismo estatal como el medio óptimo para el desarrollo y la prosperidad» (p. 334). Giudizio duro, che tuttavia l'A. smorza sul finale osservando che, comunque, la Spagna della fine degli anni Ottanta era un paese irriconoscibile e molto si doveva alle innovazioni culturali introdotte dai socialisti (*M. Di Giacomo*).